

Que los niños lean

Toño Malpica

A menudo me preguntan los padres de familia, ya sea en firmas de libros, en ferias, en visitas a escuelas, qué recomiendo para lograr que los niños lean. Y mi invariable respuesta siempre los hace recular en sentido contrario, arrepentirse incluso de haber preguntado, cambiar el tema de conversación, carraspear, aflojarse el nudo de la corbata (en su caso) y hasta fingir que se sintieron mal del estómago para poder poner pies en polvorosa.

La respuesta, a pesar de tener los dientes tan afilados, es tan simple que peca de poco original: Lo mejor para que los niños lean es que vean a sus papás leer. Tan simple que todavía me atrevería a sofisticarla un poco más: Lo mejor para que los niños lean es que vean a sus papás disfrutar enormemente con la lectura.

Todos los padres quieren lo mejor para sus hijos. Es un axioma tan contundente que ni vale la pena detenerse en él. Y entre las usuales recomendaciones de mantenerse alejado de las malas compañías, las drogas y los precipicios, caben otras de índole similar pero a la inversa: ser obedientes, respetuosos, hacer mucho deporte, leer mucho...

Acaso es que todo padre quiere ser superado por sus hijos en todos los aspectos, y uno de estos aspectos es el de la lectura. Pero esta determinación, tan aparentemente bella, tiene un mensaje oculto no tan bello: Es lo suficientemente bueno para ti pero no para mí, yo soy un caso perdido, parece decir cada padre. Me recuerdan a aquellos progenitores que no permiten a sus hijos fumar mientras que ellos se acaban dos cajetillas diarias... cada uno. Los argumentos para apartarlos del cigarro pueden ser de lo más floridos (te puedes quedar chaparro, no mientras no puedas pagarte el vicio, en mi casa yo mando, etc.) cuando en realidad el único discurso justo, racional, es: 1) Sé que es dañino pero 2) no quiero dejarlo y 3) mientras pueda obligarte a que tú no caigas lo haré a pesar de que 4) soy un pésimo ejemplo.

Siendo honestos, los padres que no leen y quieren que sus hijos sí lean son capaces de sentarse a comer hamburguesas con coca-cola mientras a sus vástagos les sirven verduras y jugo de remolacha sin endulzar. Es lo suficientemente bueno para ti pero no para mí. Soy un caso perdido. No me quites el tiempo. Mejor pregúntale a tu mamá.

La buena noticia es que la lectura no tiene por qué ser, necesariamente, un enorme plato de verduras. La lectura puede ser un festín delicioso. Y eso es lo que los padres actuales se empeñan en ignorar. Si se manda a los niños a leer mientras uno se queda viendo la televisión, los resultados son fácilmente predecibles. Si el padre, en cambio, pone buena música, abre un buen libro y se atreve a ausentarse de todo, de todos, por un espacio de, digamos, media hora, el niño acabará por imitarlo aunque sea motivado por la curiosidad o la envidia.

El secreto está en el libro.

Los padres, para motivar a sus hijos a leer, deben leer por ellos mismos. Pero, dirán algunos, dado que yo soy un padre que no lee y que pretende comenzar a leer para inculcar tan buen hábito en mis hijos, ¿qué debo leer?

La respuesta también es, en extremo, simple: Lo que sea.

Si un padre quiere que sus hijos lean, que lo admiren no sólo porque conduce el auto con una mano o porque paga en el restaurante con una firmita sino también porque es capaz de agotar página tras página y sin red de protección, debe hacer una cosa sólomente: leer. Y digo que el secreto está en el libro porque el niño, su muchacho, no reparará nunca en si lo que usted tiene entre manos son los Diálogos de Platón o el más escandaloso relato de La Sonrisa Vertical. Los niños solamente notarán una cosa: que su padre lee y que, además, disfruta haciéndolo.

Mejor aún: es absolutamente válido tomar los mismos libros de sus hijos y también devorarlos. Para conseguir que sus hijos lean, a los únicos que tiene que “apantallar” es a ellos. Y *Peter Pan*, en este caso tan particular, puede ser una mayor y mejor motivación (tanto para usted como para ellos) que las obras completas de Kierkegaard. Acomódese en la sala a leer la obra de Barrie enfrente de ellos, ría cuando así se lo demande el texto, suspire, enfádese. Y verá cómo le será difícil mantener el ejemplar en sus manos. O bien, éste le será hurtado de su buró enmedio de la noche.

En resumen, para lograr que los niños lean, no hay que abrumarlos con rollos aleccionadores ni enormes bibliotecas. No importa cuántos maravillosos libros de fascinantes títulos, impresionantes colores y divertidísimos dibujos tengan en sus repisas. Si nada los convence de que vale la pena tomarlos, nunca lo harán.

Así pues, para que los niños lean, convendría empezar por una sola cosa: que sus padres lean. Lo que sea.

Y con suerte en una no muy lejana feria de libro la pregunta sea otra muy distinta: ¿Cómo hago para que mi hijo suelte los libros y ordene su cuarto?

Pero bueno. Un paso a la vez.